

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Laystana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 305

25 Cts.



EL
JOVEN
PRÍNCIPE

POR
BESSIE LOVE
Y
JOSEPH SCHILDKRAUT

FilmoTeca
de Catalunya

HENABERY, Joseph

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 305

EL JOVEN PRÍNCIPE

(MEET THE PRINCE, 1926)

Interesante producción cinematográfica interpretada por los célebres artistas

BESSIE LOVE, JOSEPH SCHILDKRAUT, ETC.

Selecciones Pro-Dis-Co

Exclusiva de

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DOROTHY SEBASTIAN



EL JOVEN PRINCIPE

Argumento de la película

Los primeros días de Primavera, con sus rayos de oro y sus aromas, llegaban espléndidos y felices para las internas del colegio de señoritas de Miss Penny.

Cecilia Sax, una rica huérfana europea, estaba en el internado americano desde su niñez.

En el colegio se cultivaban activamente los deportes, dirigiéndolos Jerry Lannigan, un aviador licenciado y sin fortuna.

Cierta mañana una camarera del colegio, llamada Maggie, que tenía una gran predilección por Cecilia, se acercó a ésta y le dijo:

—Señorita Sax, la Directora desea hablarla.

—Allá voy al momento...

Y alegre y jovial la joven se encaminó hacia el despacho. La Directora se encontraba acompañada de dos caballeros y hablaba con ellos animadamente.

—Yo sabía que Cecilia pertenecía a una familia aristocrática pero no podía suponer...

—Pues ahora — le respondió uno de sus visitan-

tes—, con la anexión del Gran Ducado de Saxeim al reino de Belgravia, su discípula queda elevada a la dignidad real de Gran Duquesa y convertida en la heredera más rica del país...

En aquel instante apareció la figura pequeñita y delicada de Cecilia Sax.

La Directora y los dos visitantes, emisarios del reino de Belgravia, se inclinaron respetuosamente.

—Alteza — dijo sonriente la directora—, una gran noticia...

—Habéis sido proclamada Gran Duquesa de Saxeim, como heredera legítima del Ducado que acaba de unirse con el Reino de Belgravia — explicó el más joven de los visitantes.

Cecilia respondió sorprendida, incrédula:

—Eso es un cuento de Andersen...

—No sé quién es Andersen, Alteza...

—Esto no es una broma, Alteza — añadió el otro enviado—. El pueblo desea os presentéis en la Corte lo antes posible y venimos a comunicároslo.

Aquella noticia dejó casi sin aliento a la colegiala. Sabía efectivamente que pertenecía a una rama aristocrática de Saxeim, a una familia ilustre, pero no creía nunca poder llegar a tan alta categoría.

—¿Yo dejar América para convertirme en una Gran Duquesa? ¡Ah, no señor!

Por nada del mundo dejaba ella las costumbres libres, democráticas de América... Su carácter no se avendría a tolerar las etiquetas de la corte.

Pero la Directora del colegio insistió con energía.

—Alteza, no os podéis negar a ello. Habéis completado ya vuestra educación y estáis bajo la tutela de S. M. el rey de Belgravia a quien debéis obedecer.

Vió tal decisión en los rostros de todos, que Cecilia inclinó la cabeza con humildad. Nunca pudo pensar que llegara aquello.



—El pueblo desea que os presentéis en la Corte lo antes posible...

—¿De modo que tengo que marcharme? — murmuró, tristemente.

—Convenientemente acompañada. Vuestra Alteza marchará a París donde encontrará a su Camarera Mayor, la condesa de Morne.

Al día siguiente partirían. Y Cecilia, contrariada por el notición, pero comprendiendo que tenía que aceptar, se despidió de los enviados del rey y volvió al jardín donde acercándose a Maggie y a Je-

rry les dijo sofocada aún por la inesperada realidad:

—¿No saben ustedes lo que pasa? ¡Ahora resulta que soy gran duquesa!

—¡Usted! ¡Oh, señorita!

—Y he de marcharme a Belgravia... Oye, Maggie, ¿quieres acompañarme a París? ¿Y tú, Jerry? Así no será tan brusco mi cambio de vida...

Maggie palmoteó de alegría... ¡Ir con la señorita, no dejarla nunca! ¡Era su sueño! Y Jerry dijo conmovido:

—Yo he recorrido buena parte de Europa en el Servicio de Aviación cuando la guerra. Puedo ser útil a la señorita...

—Pues preparaos para partir.

Y al día siguiente, Cecilia Sax salía del colegio con los aristocráticos emisarios y con Maggie y Jerry.

Sus condiscípulas le hicieron una despedida cordial llenándola de flores. ¡Adiós, adiós, Alteza!... Y Cecilia con lágrimas y besos se despidió de las amiguitas con que fraternizara en la igualdad del internado.

Lamentaba tener que marcharse... Pero ella era la heredera del título y no podía negarse a aquel compromiso patriótico. Tenía que sacrificarse por su país.

Y entretanto, allá lejos, en un extremo de Europa, el monarca Esteban XXV gobernaba el pequeño reino de Belgravia.

El rey Esteban XXV era un monarca bonísimo, demasiado complaciente con la camarilla militar.

El soberano, hombre entregado a los buenos placeres de la mesa, no sospechaba que las intrigas iban formando a su alrededor una espesa red.

Una mañana el rey estaba hablando con su hermano el infante Boris, un hombre envidioso e intrigante, que aspiraba a ceñirse la corona.

Trataban del proyecto de boda del príncipe heredero a quien querían casar con la gran duquesa de Saxeim.

—¿Y esa gran duquesa colegiala — decía Boris — ya sabe que ha de casarse con el príncipe heredero?

—Todavía no, pero yo creo que conviene enterar ya a mi hijo. Infórmale tú mismo, Boris...

El hermano salió para cumplir la orden... Luego el monarca recibió la visita del barón de Silka, su primer ministro.

—Señor, la deuda de su augusto hijo, el príncipe heredero, asciende ya a cinco millones de coronas...

El monarca, hombre que se hacía cargo de las debilidades juveniles, respondió conciliador ante las calaveradas del príncipe:

—Vamos a dar a la futura esposa de mi hijo la satisfacción de pagar esas deudas. ¿No le parece?

El ministro se inclinó... Era demasiado bueno el rey para aquel príncipe malgastador.

Boris se había dirigido a la Academia Real de Cadetes, donde los jóvenes distinguidos cursaban la carrera de las armas y se preparaban para la guerra.

Era el día primero de abril y entre los alumnos estaba el príncipe Carol, heredero del trono de Belgravia que sucumbía a un florido ataque de primavera.

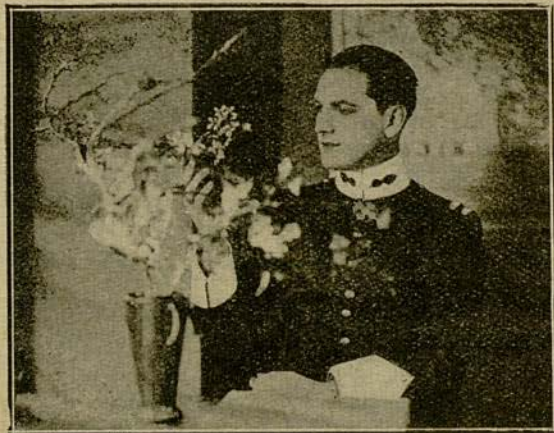
Un ramo de flores colocado sobre su mesa de trabajo le hacía pensar en las mujeres bonitas.

Carol se aburría en aquel ambiente de disciplina militar y soñaba con las agradables aventuras que

matizaban su existencia. ¡Era tan hermoso el amor!

De pronto le distrajo de sus pensamientos la llegada del príncipe Boris, quien acercándose a Carol le dijo:

—Querido sobrino, el rey te llama. Se está tratando de tu futura esposa.



Un ramo de flores colocado sobre su mesa de trabajo...

—¡Hombre! — contestó riendo el heredero—. ¡Es muy oportuno hablar de boda en abril florido! El mes de los amores...

Y se echó a reír mientras salía del aula con Boris después de contestar al saludo que le dirigían sus compañeros los cadetes, rígidos e impecables.

Iba a subir al coche cuando vió que una muchacha

que limpiaba el escaparate de una tienda vecina perdía pie en la escalera y quedaba suspendida en el aire.

Carol, ni corto ni perezoso, fué en su auxilio y la sacó del apuro, besándola luego en mitad de los labios... La moza quedó encendida como una granada. Y Carol alegremente volvió al coche entre los aplausos de la multitud que comentaba la llaneza afable del heredero.

Boris le murmuró con forzada sonrisa:

—El primer beso de la primavera, ¿eh?

—Quizás no sea el primero... ni el último, mi querido tío...

Boris le miró con indignación... ¡Odiaba a ese futuro rey siempre enamorado de la frivolidad y del amor!

Carol llegó una hora después a la presencia de su padre.

El rey expuso en breves palabras su decisión de casarle con la gran duquesa de Saxeim. Esta era millonaria y la familia real necesitaba dinero.

Era necesario además que Carol sentase de una vez la cabeza. Había que formar un hogar para el día de mañana ser un digno soberano del reino.

El buen monarca le mostró una magnífica corona real.

—Esta es la corona que ceñirás tú algún día — le dijo—. Es la corona real de Belgravia y fué arrebatada de manos de Buderico que la había robado a Atila en 1240. Es una joya que ha sufrido asaltos de todos nuestros antepasados.

—Sí; una linda estirpe de bandoleros — comentó, indiferente, Carol.

—No hables a tu padre y rey de esta forma...

—Pero, bien, papá, ¿qué tiene que ver la corona con mi matrimonio con esa rica Gran Duquesa?

—La corona, hijo mío, es el símbolo representativo de tus obligaciones para con el Estado. Dentro de pocas semanas se anunciarán tus desposorios con la Gran Duquesa Cecilia de Saxeim.

—Me quedan pues pocas semanas de vida. ¡Qué lástima! ¡Con lo hermosa que es la libertad!

Se casaría con la Duquesa por el bien del país, pero estaba seguro de que sería una mujer feísima la elegida para esposa.

El ayuda de cámara del monarca entró en la estancia trayendo en una mesa el almuerzo para el rey. Este comenzó a devorar con magnífico apetito. La gula era uno de sus mayores placeres.

Carol, entretanto, suspiraba por la libertad que iba a perder. ¡Cómo debía pesar para él aquella corona! Y cómicamente la puso sobre sus sienes, torcida a un lado como un sombrerito de fieltro.

—Quitate eso de la cabeza — le gritó su padre —. Es de mal agüero jugar con esas cosas.

Carol obedeció y se entretuvo en contemplar aquella joya histórica. De pronto examinó con atención las magníficas piedras preciosas de que estaba incrustada. ¡Caramba, caramba! ¡Si él pudiera quedarse con alguno de aquellos zafiros, con aquel zafiro tan precioso! Podría vivir aún algún tiempo espléndidamente.

Y sonriendo, conociendo la bondad de su padre, le dijo:

—Papaíto, estamos en abril. Dile al Canciller que me adelante algún dinero para hacer mi último viaje de soltero, a París.

—¿Debes cinco millones de coronas y aún pides más?

—Poca cosa... si tú me lo permitieras... Ese zafiro...

Y le señaló la piedra azul que brillaba entre el oro de la corona.

El rey se echó a reír y conciliador y amable, le dijo:

—Este magnífico zafiro que aquí ves... es pasta... Cuando yo era joven había una bailarina en París... en fin, tonterías... pero le entregué el zafiro legítimo.

Carol lanzó una carcajada. ¡Y luego protestaba su padre contra él! ¡Si todos los hombres fueron jóvenes!

El rey salió del despacho y Carol, pensando que no hacía más que imitar a su padre, guardó la corona en el estuche y se la llevó consigo... En París cambiaría algunas de sus joyas legítimas por otras falsas.

Aquella misma noche, Carol, acompañado de su fiel ayuda de Cámara Iván, salió para París.

o o o

Al llegar a París el príncipe Carol tenía todas sus esperanzas puestas en la corona de sus mayores...

Un joyero fué a su hotel a examinar aquella soberbia joya.

—Adelánteme usted diez mil francos — le dijo Carol—, y procure que me presten un millón sobre esta joya lo antes posible.

El comerciante le entregó la cantidad pedida y llevóse en una bolsa la corona, para intentar su venta.

Carol, muchacho libre, no sentía escrúpulos por

vender la corona de la familia. Se compraba otra falsa, y en paz...

Pasaron unas semanas. Abril se deslizaba deliciosamente y el príncipe se olvidaba de volver a casa, cuando una mañana, precedida de una noche tempestuosa, el príncipe Boris y su ayudante llegaban al hotel donde residía el heredero.

Iván, asustado, fué a advertir a Carol.

Boris y su ayudante comentaron escandalizados el aspecto que presentaba la estancia: botellas de champaña, zapatos y trajes de mujer, cigarrillos, copas a medio apurar, todos los residuos de una juerga.

—¡Qué escándalo! ¡Cómo vive ese chico!—dijo Boris.

Vieron entrar rápidamente a Carol, que procuraba ocultar las señales de la nochecita.

—Querido tío—le dijo con un abrazo—. Esperaba usted sorprenderme en brazos de Venus, ¿eh? Ha visto usted la habitación en desorden... ¡Hay que divertirse, apurar mis últimos días de vida!... Es muy natural que nada se le niegue a un condenado a muerte.

—Basta de bromas—le interrumpió el príncipe Boris—. El rey está furioso con tu irreverente escamoteo de la Corona de Belgravia. La prensa empieza a ocuparse de tus escándalos... y las potencias piden para nuestro reino un heredero más responsable, más sólido...

—Tan sólido como usted, ¿verdad, tío? En fin, no quiero disgustar más a mi padre... ni proporcionarle a usted el gusto de que yo me pierda. Mi calaverada de abril ha terminado. Déjenme vestir y devolveremos la corona de Belgravia a las sienes de su soberano. Mañana marcharemos todos...

Y cuando Boris y el ayudante, con expresión fría se alejaron de allí, Carol, llamando a Iván, su ayuda de cámara, le dijo, después de contemplar las botellas y platos rotos desparramados sobre la mesa:

—¡Bah! ¡Mujeres vulgares, caras y sin ningún interés sentimental! Estoy desencantado de París, Iván, y nos volvemos a casa. Comprendo que mi padre se queja con razón...

Entretanto, la ex colegiala Cecilia, en viaje para su país, celebraba su última semana de libertad con una orgía de compras caprichosas en París.

Un joyero le mostraba aquella misma mañana una corona real.

—Señorita, usted pedía zafiros, ¿no? Aquí le traigo los mejores y más finos que hay en venta en París...

La muchacha examinó la corona real de Belgravia.

—Pertenece a un príncipe arruinado, que necesita mucho oro para sus francachelas—dijo el joyero.

Cecilia quedóse con la corona. La haría desmontar y la convertiría en un tesoro de diferentes joyas.

Poco después la muchacha tomaba tranquilamente el te, pensando que le quedaban ya pocos días de ser libre... Al llegar a Belgravia, desaparecería su libertad, para convertirse en una esclava de la corte...

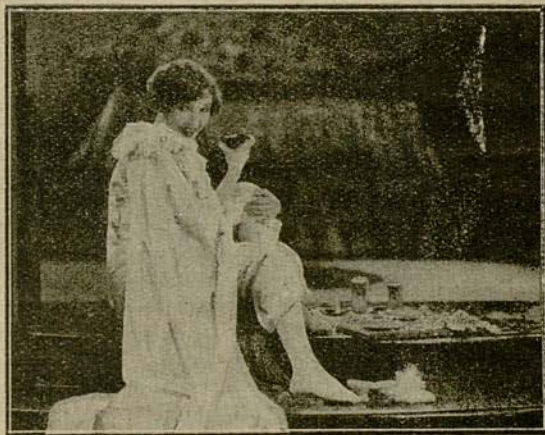
El príncipe Carol había realizado investigaciones para enterarse del paradero de la corona, y al saber que había sido vendida a una señorita americana, pues Cecilia se hacía pasar por tal durante su permanencia en París, se dirigió resueltamente a su hotel.

Hallábase Cecilia saboreando el te cuando Jerry le dijo:

—Ahí está una especie de muestrario de galones de oro, que desea ver a Su Alteza con mucha urgencia. Dice que tiene prisa.

Cecilia le ordenó expresarse el objeto de su visita.

—Vengo de parte de Su Alteza el príncipe Carol—



...tomaba tranquilamente el te...

respondió el heredero, sin darse a conocer—, para decir a la señorita Sax que el joyero no estaba autorizado para vender la corona de zafiros.

Jerry transmitió la noticia a Cecilia, y ésta ordenó que entrase el emisario.

Unos momentos después gaba ante Cecilia un elegante y apuesto militar que hizo a la joven una profunda reverencia.

Carol contempló fijamente a la linda americana, y sonrió... ¡Preciosa mujer!

Y Cecilia, mirándole, también quedó en el acto prendida en una red de misterioso encanto.

—Usted viene por la corona, ¿no? Yo no tengo empeño en quedarme con ella... — dijo la muchacha, sonriente...

—Miss Sax — explicó el príncipe—, soy el capitán Petrowich, ayudante de S. A. el príncipe Carol de Belgraria.

De su billetero sacó un cheque por la cantidad que Cecilia había pagado al joyero y se lo entregó a la joven. Al abrir la carterita le cayó sin notarlo una tarjeta.

Cecilia le devolvió la corona y al escuchar que se trataba del príncipe Carol de Belgraria, la nación hacia cuya corte iba ella, se apoderó de su alma una gran curiosidad, un deseo de averiguar muchas cosas. ¿Por qué se habría despojado de aquella corona real el heredero de Belgraria? Y preguntó insinuante.

—Dígame, capitán, ¿por qué ha vendido ese príncipe su corona? Debe ser una novela muy interesante...

—La historia del príncipe Carol es larga de contar — exclamó él con una sonrisa...

Cecilia le miró con atención... ¡Era simpático y cordial ese ayudante del príncipe!

—¿No querría usted contármela? — suplicó ella—. Tome usted conmigo el te y hablaremos...

Y Carol que se sentía herido por los ojos hermosos de la americana, accedió de mil amores a contar su propia historia.

Bebieron la aromática infusión... Carol habló mucho... Pero más que la personalidad del príncipe lo

que interesaba ahora a Cecilia era la palabra seductora de ese capitán Petrowich.

Se deslizaron amablemente las horas... Alrededor de la vida del príncipe de Belgravia se hilaba la red de un cariño naciente.

A la hora de cenar, Carol se despidió de la linda muchacha.

—¿Podremos continuar la historia mañana? — dijo ella, con el ansia de volverle a ver.

—¡Encantado! ¡Buenas noches! — contestó él con una mirada brillante.

Marchó, y por tres veces volvióse para saludar cordialmente... La imagen de Cecilia se le había clavado en el corazón.

Cuando el príncipe salió, Cecilia descubrió que había olvidado la corona.

—Este chico ha olvidado su sombrero — se dijo.

Y corrió a llamarle y lo encontró aún en el corredor.

—¡Ah, sí, la corona! — dijo indiferente Carol—. Hasta mañana... Miss Sax...

Y la envolvió en una tierna y seductora mirada de amor...

Cecilia quedó sola, pensando en la palabra amable de aquel muchacho a quien probablemente volvería a ver algún día en la corte de Belgravia. La joven había querido conservar el incógnito haciendo así más misterioso y bello el principio de la aventura.

Una cartulina en el suelo le llamó la atención. La recogió y leyó asombrada:

S. A. R. el príncipe Carol de Belgravia

¡El príncipe! ¡Qué sorpresa!... ¡El heredero de su país! ¡Quién podía pensarlo! ¿Por qué no había confesado su nombre? Una gran alegría se apoderó de ella.

—¡El es príncipe! ¡Yo gran duquesa!... ¡No está mal!

Y comenzó a pensar en que los dos podrían unirse en matrimonio. Ignoraba ella que las conveniencias de Estado exigían también aquellas bodas.

Y al día siguiente volvieron a encontrarse el príncipe Carol y Cecilia. Ella mantenía rigurosamente su incógnito, no queriendo descubrirse a su amigo. Y Carol, enamorado locamente de la joven "americana" no osaba tampoco manifestar su personalidad, temiendo que al conocerla ella le rechazara. Además, ¿no tenía él, obligado por su padre, que casarse con la gran duquesa de Saxeim?

¡París, Juventud y Abril! ¿Cómo no había de florecer el amor?

Y vinieron días inolvidables durante los cuales Carol y Cecilia conocieron las delicias del verdadero cariño. Para Carol era Cecilia la mujer única, la amada, la elegida para la felicidad. Y Cecilia sentía por su novio todo el tesoro de amor de su corazón.

Una tarde sentados en un jardín, Cecilia indicó a su novio que conocía su verdadero nombre.

—¿Cómo has descubierto que yo soy el príncipe Carol? — preguntó él, extrañado.

Y la muchacha le explicó el olvido de la tarjeta. Llevada de un deseo de sinceridad iba a comunicarle su verdadero nombre, cuando Carol, interrumpiéndola, le dijo:

—Lo que tú no sabes es que ya han dispuesto mi matrimonio...

—¿Te casan? — preguntó ella, con pena— ¿Y yo, entonces? —

Mirándola tiernamente el príncipe explicó:

—Debí decírtelo antes. Me obligan a casarme con la gran duquesa de Saxeim.

—¿Tú? ¿Con la gran duquesa?

Abrió Cecilia unos ojos enormes. ¡Bendita casualidad que les unía a los dos! ¡Ella estaba destinada para esposa del príncipe heredero! Y era tal la alegría que le retozaba en el cuerpo, que cubriéndose



—Lo que tú no sabes es que ya han dispuesto mi matrimonio.

el rostro con las manos comenzó a agitarse bajo un fuerte y silencioso ataque de risa.

Carol, creyendo que lloraba, le dijo:

—¡No llores, amada mía! ¡Yo te quiero a ti únicamente! ¡Nada ni nadie me separará de ti!

Cecilia levantó la cabeza y contestó con cómica seriedad:

—¡Ah! ¡Si yo fuese una gran duquesa no me casaría más que por amor!

Contenta de la misteriosa casualidad que les unía, quería dar a su amado una gran sorpresa. No le confesaría la verdad hasta tanto no se viesen en Belgravia. Deseaba proseguir mientras estuviesen en París la dulce comedia de amor... De este modo, ella estaría segura de que el cariño de Carol era sincero y leal.

Aquel día Carol al despedirse le prometió que por encima de todos los compromisos de Estado se hallaba su verdadero y único amor. Y Cecilia, orgullosa de verse amada de aquel modo, estrechó la mano del príncipe con un gesto de eterna confianza.

Los amores del heredero con la americana habían trascendido al príncipe Boris y a su ayudante, quienes habían ya recuperado la corona real.

—El príncipe Carol marcha hacia el descrédito más absoluto — le dijo un día su ayudante a Boris—. Vos seréis el heredero legítimo del trono.

Esto era lo que esperaba desde hacía algún tiempo el príncipe Boris; así es que se alegró infinito de los devaneos de su sobrino.

Una tarde Boris y su ayudante visitaron a Carol.

—¿Qué has pensado hacer? ¿Pretendes no casarte con la gran duquesa? Porque nosotros tenemos que regresar a Belgravia.

Carol sonrió negativamente.

—No. Todo lo sacrifico por mi naciente amor. No pienso casarme con la duquesa de Saxeim y partiré hoy mismo hacia mi país para comunicárselo a mi padre.

Una sonrisa de gozo estremeció a Boris.

—Naturalmente. Te tiene preso en sus redes la mujer galante de estos días...

Carol volvióse pálido y con el guante que llevaba en la mano cruzó el rostro de su tío Boris.

—¡Mal caballero! — le dijo—. ¡Ha calumniado usted a la mujer dignísima a quien amo y por la que estoy dispuesto a ceder mis derechos al trono!

Y llenando una copa de champaña la alzó y exclamó solemne:

—¡Por mi amor!

Enfurecido Boris salió de la casa, con su ayudante.

—Ya me las pagarás algún día, te lo juro...

Carol se echó a reír y ordenó a Iván preparar las maletas.

Al día siguiente una elegante y acartonada dama se presentaba en el hotel de Cecilia Sax. Era la condesa de Morne, camarera mayor de la gran duquesa Cecilia.

Venía de parte del rey de Belgravia a ponerse bajo las órdenes de la muchacha y acompañarla en su viaje de retorno.

—¿Podré comunicar a S. M. — le dijo — que Vuestra Alteza está dispuesta a casarse según los deseos de la corte con el príncipe heredero?

—Por mi parte, encantada — respondió Cecilia, pensando en Carol y en la alegría que experimentaría este muchacho al darse cuenta de la verdad.

Aquel día había recibido una carta de Carol despidiéndose de ella por unos días para ultimar un asunto interesantísimo en la corte. Cecilia pensaba verle allí y sorprenderle con el descubrimiento de su personalidad.

Por la noche Cecilia con su camarera mayor y sus criados Maggie y Jerry salía de París hacia Belgravia.

La condesa de Morne había advertido a Maggie y a Jerry severamente:

—Desde ahora nada de familiaridades con Su Alteza. Deben ustedes quedar a respetuosa distancia de ella.

Desde aquel mismo momento era necesario comportarse conforme a la más estricta etiqueta cortesana.

**

Unos días después, Carol comunicaba con su padre el rey de Belgravia. Asistían a la entrevista el príncipe Boris y el jefe del gobierno.

—Padre mío, yo amo a Miss Sax, una joven americana encantadora y no quiero casarme con la gran duquesa.

—Pero ¿qué necesidad tienes de casarte con la americana? Hay tantos modos de arreglar eso... — le dijo el rey, insinuante...

—Papá, no hables así. Es una joven dignísima, una señorita.

—No es una señorita — dijo Boris —; es una cazadora de títulos.

Boris pretendía disuadir con falso interés a su sobrino de que dejase a Cecilia, pero su mayor deseo era que continuase con la americana y obligarle a renunciar la corona.

Carol al escuchar el insulto de su tío quiso abalanzarse sobre él y mal lo hubiera éste pasado si el rey no acudiera a tiempo con su autoridad.

—Tranquilízate, hijo mío. Te lo pido por el bien de nuestro pueblo.

—Quiero castigar al que insultó a mi amada. Me casaré con ella o con nadie.

—Déjate de locuras y de amores imposibles — le gritó enfurecido el rey—. Es preciso que te cases con la gran duquesa, ella es millonaria y sus dineros convienen a nuestro escuálido patrimonio.

—No sacrificaré mi amor a ninguna consideración — dijo Carol, arrogante.

—Pues entonces tendrás que renunciar tus derechos a la corona...

Boris y el primer ministro se miraron. ¡La cosa no podía ir mejor!

—Si el príncipe heredero ha de casarse necesariamente con los dineros de esa gran duquesa, yo renuncio mis derechos a favor de mi tío Boris — gritó el muchacho.

Y salió enfurecido, dejando al rey lleno de confusiones. ¿Por qué su hijo mantenía aquella negativa? Y sin embargo era necesario que el dinero de la gran duquesa fuese a parar a sus manos.

Boris estaba radiante. Las calaveradas de su sobrino le facilitaban el camino para apoderarse del trono. Sería rey. Ahora Carol renunciaría a la monarquía. Y Boris poniéndose de acuerdo con el consejo de ministros consiguió que el presidente redactara un proyecto de abdicación.

Al día siguiente estaban reunidos en el despacho del rey, éste, los príncipes Boris y Carol y el presidente del consejo de ministros.

El rey insistió de nuevo para que Carol aceptase el proyecto de boda, pero el joven respondió:

—¡No y mil veces no! Pueden ustedes extender mi abdicación, pero jamás me casaré con otra mujer que no sea Miss Sax.

—En este caso... — dijo el presidente del consejo — puede Vuestra Alteza firmar su renuncia al trono...

Le mostró un documento y le entregó una pluma.

El Rey, mirándole tristemente, le dijo:

—Carol, piensa lo que vas a hacer... No renuncies al trono... Casate con la gran duquesa de Saxeim y serás la esperanza de la patria. Nosotros necesitamos ese dinero, Carol...

—No insistas, padre... Ea, venga la pluma... Si

para reinar he de traicionar mi corazón, renuncio una y mil veces a la corona.

Y allí mismo extendió su acta de abdicación.

El Rey se cubrió el rostro, desolado... ¡Ah, imbécil! ¡Renunciar así a la corona por un amor! ¡Como si no hubiese otras maneras de arreglar las cosas a gusto!

El jefe del gobierno con el documento de la renuncia y otra acta nombrando al príncipe Boris heredero del trono, pasó a un salón contiguo donde los ministros esperaban para aprobar aquellas leyes.

Boris, orgulloso por su triunfo, miraba altivamente a Carol y le decía:

—En París me ultrajaste, pero ya ves el resultado; ahora soy yo el heredero del trono.

—Todavía no, mi amado tío — respondió el mozo.

Y cayendo sobre Boris le propinó un soberbio bofetón y luego cogiendo la corona real dió con ella en la cabeza del príncipe una serie de sabrosos golpes.

El rey tuvo que intervenir nuevamente y Boris quedó en un rincón jurando vengarse de su sobrino.

El rey se dijo, riendo:

—Mi hermano quería disfrutar la corona... ¡Pues ya la ha probado!

Poco después el presidente del consejo volvía de nuevo al despacho y anunciaba que la ley de abdicación había sido aprobada y que Boris había sido nombrado príncipe heredero de Belgravia.

—Y al príncipe Carol — agregó el ministro — se le dan doce horas de plazo para abandonar el país.

—No pienso volver a él — contestó el príncipe.

Y cuando todos salieron del despacho del rey, Carol dijo a su padre:

—Papá... no tomes a mal todo lo que he hecho... Me voy a París... quisiera que tú vinieras conmigo para presentarte a la mujer que amo.

El rey lanzó un suspiro... Tenía una espina clavada en el alma... ¿Por qué había abdicado su hijo? ¿Por qué no quiso casarse con la Gran Duquesa Cecilia?...

—Yo también tuve amores de Abril, hijo mío... pero así... con esa fogosidad tuya que te obliga a renunciar el trono, ¡no!... ¡No llegué a tanto!... Ya que amas a esa yanqui, he tenido que aceptar Dios sabe cómo lo siento, tu renuncia al trono. La patria está por encima de todo. Ella necesita que el príncipe sucesor lleve mucho dinero...

—Es ya inútil, papá. La corona no tiene interés para mí.

Y se alejó después de saludar al buen rey Esteban que, pacífico siempre, nunca tomaba las cosas por la tremenda.

Aquella tarde la colegiala de Norteamérica, la gran duquesa Cecilia de Saxeim, llegaba a la corte de Belgravia llevando la curiosidad en sus ojos juveniles y la esperanza en el corazón.

Sería presentada por la noche a la corte. Cecilia se reía interiormente al considerar la tremenda sorpresa de Carol al ver que la americana y la gran duquesa eran una misma persona.

El rey había ordenado a su primer ministro:

—Anuncie al pueblo que mi hermano Boris, proclamado príncipe heredero de Belgravia, será quien se casará con la gran duquesa Cecilia, en vez de mi hijo el príncipe Carol.

Y poco después las proclamas comunicaban al pueblo el nombre del nuevo heredero de la corona.

En el salón del trono se celebró aquella noche la presentación de la gran duquesa de Saxeim. El rey presidía la fiesta.

Boris, elevado a príncipe heredero, repartiendo sonrisas y saludos, se presentó en la magnífica sala,

—Su Alteza real el príncipe Boris, heredero del trono de Belgravia — dijo el introductor de la corte presentándolo a la gran duquesa Cecilia.

Cecilia miró al heredero... y la sonrisa que tenían sus labios desapareció rápidamente... ¿Y Carol? ¿Es que no era por ventura Carol el hombre que le estaba destinado para casarse?

Boris besó dulcemente la mano de esta mujer que iba a ser su esposa. ¡Pues era bonita, caramba! ¡Estúpido príncipe Carol! ¡Dejarse perder una joya así!

—Alteza — le dijo suavemente—, según el protocolo me corresponde ahora a mí presentaros a nuestro Rey.

La muchacha le dió el brazo y se atrevió a balbucir:

—Pero, el príncipe Carol, ¿no es el heredero de la Corona?

Con una fría sonrisa, le respondió Boris:

—No quería casarse con vos y ha renunciado el trono. Parece que andaba en amores por París.

Cecilia adivinó confusamente algo terrible. ¿Qué había ocurrido allí? ¿Por qué Carol había renunciado al trono?

Iba la princesa a dirigirse a Su Majestad cuando el príncipe Carol pasó junto al salón del trono. Se dirigía a la estación para marchar a París. Pero al ver a Cecilia, el asombro le paralizó unos momentos en su puesto y luego corrió a ella.

—Pero... ¿tú... tú... aquí? ¿Tú eres la gran duquesa?...

—¡Sí, Carol! — dijo ella brindándole la mano y sonriendo tristemente.

Trágicos pensamientos cruzaron por la mente de Carol... ¡Y acababa de renunciar estúpidamente al trono y a la mujer que amaba! Pero comprendiendo que no era allí lugar para una explicación, pues Boris le

miraba con dureza, alejose rápidamente temeroso de que le vendiera la emoción y comprometiera sin querer a Cecilia...

Y la muchacha, adivinando lo ocurrido, se dirigió como una víctima a saludar al rey. ¡Qué tristeza la suya en aquel palacio, casada con el príncipe Boris al que no conocía y cuyo primer aspecto le había sido repulsivo!

Al regresar de la ceremonia, la amarga decepción sufrida por la joven ex colegiala, elevada a tan alto rango, le hacía sentirse más sola y huérfana que nunca, vislumbrando un triste porvenir entre las paredes del castillo medioeval que le habían destinado para ocupar mientras esperaba el día de la boda.

*
**

Aquella misma noche debía ser memorable en la historia del pequeño reino de Belgravia.

Boris se sublevaba contra el rey. Quería apoderarse del trono. Y reuniendo a sus magnates y al ejército sublevado, habló así:

—¡Hemos soportado ya bastante tiempo a este rey débil, indulgente y tragón! ¡Belgravia necesita un brazo fuerte! ¡Ha llegado la hora! ¡A palacio!

Y mandadas por Boris, las tropas rindieron a la pequeña guardia fiel del alcázar real, y sable en mano, conducidas por el príncipe heredero llegaron a las habitaciones de rey.

Esteban XXV salió a su encuentro sin comprender de qué se trataba.

—Venimos a pedir tu inmediata abdicación — le gritó Boris—. Si no la firmas, no respondo de tu vida. Todo el ejército lo desea...

—Pero... Boris ¿es posible?... ¿no comprendes tú

responsabilidad? ¡No puedes hacer esto!... ¡Esto es desleal!...

—¡Firma! El bien de la patria lo exige... — le gritó duramente su hermano.

El rey meditó unos instantes y luego añadió suavemente.

—Permíteme, querido hermano, sólo cinco minutos para reflexionar a solas sobre esta grave imposición.

—Te los concedo... pero sólo tienes un camino... ¡Abdicar!

Boris y sus acompañantes esperaron en la antecámara. Y el rey meditó la actitud que debía adoptar. Esteban XXV, monarca bonachón, nunca sería causa de una guerra civil en su pueblo. Por él no se derramaría sangre aunque se viese obligado a abdicar. Además, después de lo ocurrido con Carol, comenzaba a pesarle la corona. Era preferible renunciar al trono... y marchar a París con su hijo...

Fuera de aquel ambiente de corte tal vez hallara la paz y el reposo que no existía en su reino... Y París guardaba siempre para los reyes desterrados la sonrisa más insinuante de sus mujeres.

Pasados los cinco minutos, Boris y sus amigos volvieron al despacho real.

—Para salvar a mi pueblo de los horrores de una revolución sangrienta, abandono el cetro de mis mayores. Firmo mi abdicación — dijo Esteban.

El príncipe Boris recogió el preciado documento y salió para comunicar a Belgravia que al día siguiente despertaría con un nuevo rey... Pero antes que a nadie iría a decirselo a Cecilia, su futura esposa y reina...

Carol había ido entretanto a ver a Cecilia en su castillo y los dos en el jardín sostenían una intere-

sante conversación. Comentaban el terrible equívoco que tan graves consecuencias les acarrearba.

—¡Qué loco he sido! — decía él—. ¡Si yo hubiese sabido que eras la gran duquesa que había de ser mi esposa!

—Yo tengo la culpa. ¿Por qué no hablé a tiempo? ¿Por qué quise estúpidamente mantener mi secreto? Por Dios, Carol, llévame lejos de aquí. Yo no quiero casarme con Boris... yo no quiero ser princesa, no quiero ser reina... ¡Sólo quiero ser tuya!

—¡Oh, mi amada! Huyamos de esta tierra. Tal vez algún día recuperaremos el trono. Ahora partiremos, ganaremos rápidamente la frontera... Prepárate a partir...

En un instante ella arregló un pequeño maletín y acompañada de sus fieles criados americanos marchó con Carol hacia el exterior. Pero el castillo estaba rodeado de soldados, y el príncipe Boris, que acababa de llegar, ordenaba la detención de los jóvenes.

—Quedan Sus Altezas arrestados — gritó.

—Cecilia es mi novia — protestó Boris—. Ella será mi mujer...

—Nada de esto — respondió desdeñoso el príncipe Boris — Carol, esta noche serás conducido hasta la frontera y si osas volver a pisar mi reino, serás pasado por las armas. Ahora soy el rey. Tu padre ha renunciado a la corona. Y en cuanto a Vuestra Alteza, mi querida gran duquesa, sois demasiado linda para que viváis sin escolta hasta el día de nuestra boda. Mis soldados rodearán vuestro castillo.

Carol, desesperado, vencido, inclinada su cabeza, se dejó conducir entre una fila de soldados después de dar un último adiós a su amada. ¡Animo, había aún que esperar!

Y la gran duquesa Cecilia volvió al interior de su castillo con lágrimas en los ojos, diciéndose que en lo

futuro su vida sería triste, muerta... la vida cruel de una reina casada sin amor...

Aquella noche el ex rey Esteban salía también para el destierro. Llevaba entre el equipaje la corona real



—Cecilia es mi novia... Ella será mi mujer...

que hábilmente había colocado en una sombrerera, junto con unos candelabros de valor.

La corona valía mucho dinero, tenía buenos zafiros, y en París podría venderse en buenas condiciones.

El ex rey Esteban rió tranquilamente al escamotear esta joya. ¡Buen disgusto pasaría el rey Boris al notar la desaparición!

Era una buena venganza.

En París pasaban su destierro el rey Esteban y su hijo Carol. El primero sin preocuparse gran cosa del reino perdido, olvidando su pesar entre el amor de complacientes criaturas; Carol con un dolor melancólico sin poder acostumbrarse a la idea de haber perdido a la mujer amada.

¿Qué haría Cecilia en Belgravia? ¿Estaría prisionera del rey Boris, sin esperanza alguna de salvación?

Un día Carol recibió una agradable visita: la de Jerry, el ayuda de cámara de la gran duquesa.

—El próximo lunes al mediodía la gran duquesa Cecilia saldrá del castillo para casarse con el rey Boris — le explicó Jerry—. Ella se resigna, pero en el fondo sigue queriendo a Vuestra Alteza...

Profunda desesperación se apoderó del ánimo de Carol. ¡Era necesario salvarla, arrancarla de las propias garras de su futuro marido! Y con Jerry combinó un fantástico y desesperado plan.

Aquella misma noche Carol, Jerry e Iván partían para Belgravia.

Llegó el día de las bodas reales entre Boris y Cecilia. La multitud se aglomeraba en las calles para presenciar el paso de la comitiva. La gran duquesa debía salir de su castillo para ir a la iglesia, y el rey saldría poco después de su palacio real.

Ante el castillo esperaba la carroza en la que debía subir Cecilia. Carol, convenientemente disfrazado, había conseguido ocupar el sitio del cochero. Nadie le hubiera reconocido bajo su peluca blanca y su traje.

Cecilia que ignoraba en absoluto el plan de su amado, subió a la carroza, en compañía de Maggie... Estaba pálida, enfermiza... el dolor de aquel matri-

monio con un hombre al que no quería, le impresionaba hondamente.

Y de pronto, Carol, desenganchando los otros seis caballos que estaban uncidos a la carroza espolé a los dos más próximos a ella, y emprendió veloz y fantástico galope, después de luchar a brazo partido con los otros lacayos y conductores.

Un grito de terror se escuchó por toda la ciudad... ¿Qué pasaba allí? ¡Secuestraban a la gran duquesa!

Algunos soldados quisieron disparar, pero los jefes, temerosos de que las balas hirieran a la gran duquesa, se opusieron. Y en rápido galope corrieron en persecución del carruaje fugado.

Cecilia y Maggie, sin comprender, daban grandes gritos...

Un oficial corrió a palacio a advertir al suceso.

—¡La gran duquesa ha sido secuestrada! ¡La llevan a galope hacia la frontera!

—¿Cómo es posible? — rugió el monarca—. Corramos a salvarla. Den orden a todas las puestos de la frontera que les detengan...

Y el mismo rey en automóvil comenzó la marcha tras los fugitivos.

Pero éstos al llegar a una carretera algo distantes de la ciudad, dejaron la carroza y subieron a un automóvil que guiaba Iván y que estaba ya esperando.

Cecilia conoció entonces a su salvador.

—¿Tú, Carol?... ¿Por qué has hecho esto? Si te cogen, te matarán... Debías haberme dejado a mi suerte...

—Nunca, mujer. Perderé la vida en la contienda pero no te casarás con mi tío... Y no temas... huiremos de este país... seremos libres y nos casaremos...

El automóvil corría a gran velocidad, pero muy seguido de cerca por el que conducía al rey Boris.

Y al llegar cerca de la frontera, cuando veían ya los primeros soldados que vigilaban impidiendo el paso, Carol y los suyos abandonaron el automóvil y corrieron a cierto paraje donde ya, convenido, esperaba un aeroplano... Su piloto era Jerry, el aviador



...dejaron la carroza...

norteamericano que esta vez sería útil a su señora.

Subieron a él y pronto el avión deslizóse del suelo emprendiendo un vuelo fantástico...

El rey que había llegado con su escolta junto al auto abandonado miró con indignación al aparato... ¡Ah, miserables! ¡Se le escapaban!

Algunos soldados dispararon contra ellos, pero el avión se perdía en las nubes. ¡Era inútil luchar!

El aeroplano abandonaba los cielos de Belgravia.

—Dejemos para siempre este país — le decía Carol a su amada — donde sólo hay intrigas y miserias... y huyamos a América...

— ¡Sí... a América, tierra de todos... a América!...

— Iremos ahora directamente a París y luego en un buque a los Estados Unidos... ¡Mi mejor trono es tu amor, Cecilia!...

Y ella respondió con una sonrisa suave mientras sus cabellos negros flotaban deliciosamente agitados por el aire que cortaba, raudo, el avión...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela

EL GÍGOLO

por ROD LA ROCQUE, LOUISE DRESSER, ETC.

Postal-fotografía regalo: KEN MAYNARD

La *Novela Semanal Cinematográfica*
sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.
SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS

LEA USTED CASANOVA

EL GALANTE AVENTURERO

EDICIONES ESPECIALES DE

La *Novela Semanal Cinematográfica*

En breve: LA VIDA NO ES NUESTRA